

Religieuses de l'Assomption
Maison Généralice
17, rue de l'Assomption
75016 PARIS

Capítulo de Navidad 2017



P
aris, 19 diciembre 2017

La esperanza de Navidad

Queridos hermanos y hermanas:

La Navidad está a las puertas; muy pronto vamos a acoger a Jesús, el Cristo, el Mesías, el Salvador, según el nombre que cada uno de nosotros quiera darle en el hoy de su realidad concreta.

El anuncio de su venida ha suscitado la esperanza de la salvación, que renovamos cada año. Él, el primero, cuando fue enviado desde la Santísima Trinidad, esperó en la humanidad desorientada, deseando salvarla y revelarles la misericordia de Dios.

En estos tiempos en que nos sorprende con frecuencia la rápida sucesión de tantos acontecimientos confusos y dolorosos, tal vez podamos detenernos por un momento para contemplar a Aquel que ha sido llamado en la profecía de Isaías *"Esperanza de las naciones"*. *"Yo vengo a reunir a todas las naciones y lenguas; vendrán y verán mi gloria: ¡Les pondré una señal!"* (Is 66, 18-19a). Contemplémoslo para que nos enseñe a ser hombres y mujeres portadores y estímulo de esperanza en este mundo tan amado por Dios. (Jn 3,16).

En el umbral de un nuevo año lleno de promesas y por lo tanto de esperanzas, orientados hacia el Capítulo General del 2018, ¿podremos ser contados entre aquellos que aún se atreven a creer en el poder de la vida y la resurrección?

1. Jesús, hombre de esperanza

Cada año, el tiempo de Adviento nos pone en camino hacia Belén, donde nos encontramos con el Salvador prometido desde todos los siglos: *"He aquí que la virgen está encinta, dará a luz un hijo, a quien llamará Emmanuel"* (Is. 7, 13-14). Una promesa realizada gracias a la fe de María y de José que esperaban con su pueblo la fidelidad de Dios: *"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria ..."* (Jn 1, 14).

La fiesta de Navidad nos da la oportunidad de reconsiderar el lugar que damos en nuestros corazones al recién nacido de Belén, tan frágil y tan poderoso al mismo tiempo; Aquel que hace temblar al rey Herodes y que, al mismo tiempo, provoca la admiración del viejo Simeón y de la profetisa Ana (Lc 2, 25-38). Su fragilidad y su pobreza suscita el asombro de sus padres y la alegría de los pastores mientras desconcierta a quienes esperan la liberación como manifestación de poder.

Nacido en un anonimato casi completo, Jesús crece, como cualquier otro vecino de Nazaret, compartiendo las condiciones de vida de una familia de clase media. Fue allí donde, escondido como el grano, sintió el peso de la tierra a través de las situaciones atormentadas de su pueblo. Allí se puso a la escuela de la vida observando a su madre María, a José, a sus vecinos.

Cuando más tarde recorra Galilea para impulsar a sus conciudadanos a una *"nueva experiencia de Dios"*, sabrá hablar de las cosas de la vida en un lenguaje comprensible para todos. En solidaridad con los pecadores, viene con ellos para ser bautizado por Juan y hace posible la salvación ofrecida a todos. Él abre

la puerta a una esperanza invencible, signo de su fe y de su confianza en la misericordia del Padre. Esta esperanza lo animó a lo largo de toda su vida pública, convirtiéndose en el leitmotiv de su predicación, dirigida a los sedientos de justicia y de paz (Mt 5) y de sus obras de misericordia hacia los enfermos, los más pobres y los excluidos.

El advenimiento de Jesús, en la novedad de una experiencia que sorprende y fascina al mismo tiempo, es la manifestación de la consolación que trajo y que continúa trayendo al mundo a través nosotros sus discípulos.

2. Una esperanza que alimenta la fe

Si *"en la vida cristiana, la fe tiene la prioridad, la esperanza tiene la primacía. Sin el conocimiento de Cristo, por la fe, la esperanza se convierte en una utopía que salta al vacío. Pero sin esperanza, la fe decae, convirtiéndose en un 'poco-de-fe' y finalmente en una fe muerta"*¹. Con Jesús, aprendemos a tener esa mirada de fe, alimentada por la esperanza, que pone el amor en acción. En efecto, Jesús nos enseña a contemplar para llegar al alma de las cosas, para mirar más allá de lo que es inmediatamente perceptible: *"Su mirada es la mirada de la fe. Admira las flores del campo y las aves del cielo, pero descifra, detrás de las apariencias, el cuidado amoroso de Dios por sus criaturas ... Se alegra por el sol y por la lluvia, pero todavía mucho más por la bondad de Dios para todos sus hijos, buenos y malos ..."*²

En lugar de esperar de los demás lo que no nos pueden dar, ¿por qué no ejercitarnos en reconocer la bondad de Dios para con nosotros, en las buenas acciones de cuantos nos rodean que a menudo nos parecen tan naturales y normales? La fuente de nuestra alegría radica en estas pequeñas cosas de la vida cotidiana que están a nuestro alcance, hechas con amor. Ejercitándonos a discernir en nuestra vida y la vida del mundo los signos anunciadores de esperanza, nos hacemos más capaces de poner nuestros dones al servicio de los demás. Nuestra fe en Cristo nos impide ser indiferentes a las situaciones que deshumanizan y causan sufrimiento; nos empuja a actuar para que algo cambie a favor del bienestar de todos. En estas situaciones inaceptables es donde, paradójicamente, debiera surgir la esperanza. Esto *"mantiene a la persona en la negativa a acomodarse, hasta que lleguen a su cumplimiento todas las promesas de Dios."*³

3. Actuar como mujeres y hombres de esperanza

En la edad de la madurez, Jesús buscó a Dios como *"fuerza de salvación"* para su pueblo. Llegó hasta las fracturas de la sociedad y se dejó tocar por el sufrimiento de los más débiles; no necesitaba buscarlos muy lejos; ya estaban allí, sufriendo de la pobreza material y espiritual, de las enfermedades de todo tipo, del rechazo ... Como Él, podemos identificar el lugar de las fracturas de nuestros pueblos con un corazón compasivo, un corazón conectado al de Dios y ser sensible a las profundas crisis que atraviesan nuestras sociedades ... No podemos lamentarnos de las disfunciones sociales sin cuestionarnos: ¿nos contentamos con nuestros estilos de vida que nos dan seguridad o aceptamos la necesidad de ser salvados? ¿Nos atrevemos a llamar por su nombre a nuestro pecado y a nuestras inconsistencias para que pueda despertar en nosotros el deseo de conversión y salvación? De hecho, la conversión es un punto de partida para la esperanza, una puerta abierta a la misericordia divina. Debemos creer en la acción transformadora de Dios, aquí y ahora y colaborar activamente preparándonos para esta transformación.

Es hoy cuando Dios manifiesta su misericordia en el recién nacido del pesebre. Muy concretamente, ¿quiénes son los pobres que vamos a acoger o visitar en Navidad, en respuesta a la llamada hecha por el Papa para el Día Mundial de los Pobres? ¿Cómo seguir los pasos de todos aquellos que se comprometen para que cambien las situaciones dramáticas de los más desfavorecidos?

"Los pobres, dijo Jesús, siempre los tendréis con vosotros..." (Jn 12,8) Entonces, ¿cómo no ceder a la desesperanza ante los males de nuestro mundo (guerras, injusticias, esclavitudes, migración ...) ni

¹ Jürgen Moltmann, Teología de la esperanza, Cerf-Mame, Paris, 1970, p.17

² José Antonio Pagola, Jesús, aproximación histórica, Cerf, Paris 2012, p.54

³ Jürgen Moltmann, Teología de la esperanza, Cerf-Mame, Paris 1970, p 18

adormecer nuestra conciencia pensando en lo que ya hemos hecho? ¿Cómo animarnos a perseverar para responder con actos, sin cansarnos, ya que *"el amor nunca dice basta?"*. Dejémonos motivar y guiar por las entrañas de compasión. No calculemos, no limitemos el campo de la pobreza y, sobre todo, no olvidemos a los que están cerca de nosotros en nuestras familias y nuestras comunidades, aquellos que encontramos en nuestros lugares de misión y en nuestras parroquias. En muchos casos, cuando hemos hecho nosotros mismos la experiencia de tocar las profundidades de nuestro ser, es cuando nos volvemos más sensibles a las personas que viven sin esperanza en torno a nosotros. El Papa Francisco ha dicho con razón que *"solo esperan verdaderamente aquellos que experimentan su pobreza y sus límites y permanecen confiados en el Señor. Ellos son los que ofrecen el testimonio más fuerte de que el Señor tendrá la última palabra más allá de la tristeza y de la muerte"*⁴. Entonces dando esperanza la recibiremos nosotros mismos de los más desafortunados.

Nuestros días están llenos de la espera de la satisfacción de pequeñas esperanzas. Esperamos muchas cosas y se las deseamos a los demás, pero ¿qué estamos haciendo para que comiencen a hacerse realidad?

A lo largo del Adviento, se nos ha recordado con fuerza que la esperanza de la salvación anunciada y cumplida en Jesucristo nos pone en camino de constante conversión, para poder acogerlo en nuestras vidas. La llamada a estar despiertos y a la vigilancia ha sido constante. Estas actitudes deben acompañarnos cada día para que no se apague el fuego de la esperanza, esta bella virtud, que *"nos hace tender a la sabiduría e implica una progresión en la calidad de la vida espiritual"*. Pero requiere una implicación real por nuestra parte y la decisión de comprometernos con constancia. La esperanza provoca un enraizamiento cada vez más profundo en la relación con Cristo, fuente de Vida y de luz ... La esperanza se construye día tras día, fundada en la convicción íntima de que Cristo murió y resucitó. Este es el fundamento de la vida cristiana⁵

En estos tiempos en que la seguridad no está asegurada en ninguna parte, donde ciertos acontecimientos nos sumergen a veces en una atmósfera de apocalipsis, parece prudente tener como compañera a la "pequeña esperanza", como la llama el gran poeta Peguy. Debemos alimentarla en nosotros, cuidarla mientras vamos de camino esperando la salvación. Porque la Esperanza, es esta *"niña pequeñita e insignificante ... que vino al mundo el día de Navidad del año pasado ... Es ella, esta pequeña, la que da comienzo a todo."*⁶

La esperanza nos hace actuar hoy. No es una espera beatífica y pasiva de un regalo que nos caiga del cielo, sino un compromiso consciente en el presente, para la realización de un deseo que nos habita y que ya nos hace vivir. Seamos juntos este cuerpo que espera en el que los miembros se apoyan mutuamente, este cuerpo que irradia un testimonio de esperanza, este cuerpo que lleva en sí la responsabilidad de una esperanza activa.

Que, durante todo el año 2018, podamos *"fundar nuestra esperanza en la bondad de Dios y, para poder avanzar ... poner nuestra mano en la mano traspasada de nuestro Señor, pidiéndole que nos guíe, esperando todo Él."*⁷

En nombre del Consejo General, os deseo una feliz Navidad, con la alegría de caminar juntos hacia el próximo Capítulo General,

Con mi oración y fraternal afecto,

Hermana Martine Tapsoba
Superiora General

⁴ Papa Francisco, Audiencia general del 8 de febrero 2017 (catequesis en francés)

⁵ Padre Tommy Scholtès, Prions en Eglise n° 371, comentario de los textos del 32 domingo del Tiempo Ordinario

⁶ Charles Péguy, El porche del Misterio de la segunda virtud", 1912

⁷ Santa María Eugenia, *Capítulo sobre el abandono*, 22 diciembre 1872